

Dostoievski, Occidente y el bolchevismo.

Nikolái Mitrofanovich Sementovski-Kurilo¹

En Occidente, existe una opinión muy extendida y, hasta el momento, nunca rebatida seriamente, según la cual Dostoievski habría revelado el alma rusa a los occidentales al haberse desvelado un enigma de siglos de antigüedad mediante la traducción de sus novelas a otros idiomas: *la Rusia invisible*.

Esta afirmación no sólo es atrevida, sino también tiene graves consecuencias. Ha dado pie a la entrada de toda una serie de errores funestos en el pensamiento europeo, pues se basa en un profundo y evidente malentendido del mundo ruso.

Cuando un occidental lee las novelas de Dostoievski, ve hombres que fantasean mórbidamente, que se atormentan, que avanzan hasta la última negación y finalmente hasta la destrucción: ve a los nihilistas rusos, a los ateos, a los cosmopolitas y a los pseudocristianos, cuya actitud indecisa, oscilante de un extremo al otro, hace que toda su vida sea un problema eternamente irresuelto; ve hombres que, a pesar de toda la vitalidad con la que aparecen frente al lector, son pálidos como fantasmas, formas irreales a pesar de su tangibilidad, hombres que pueden cavilar noches enteras sobre las últimas cuestiones y discutir sobre ellas con personas afines.

Cuando las obras del ruso se dieron a conocer en Occidente, los lectores extranjeros se sintieron inquietantemente conmovidos por ellas. Mas al mismo tiempo veían en muchas ocasiones en los héroes de Dostoievski precursores de una nueva humanidad. Veían en ellos personificados ideas y programas que, dentro de su propio mundo, eran todavía teorías. Cuando la violenta ola de la Revolución inundó Rusia, los occidentales creyeron encontrar en los acontecimientos de 1917 la confirmación de que las *fantasías febriles de Dostoievski* se habían convertido en *realidad*².

¹ «Dostojewski, Westeuropa und der Bolschewismus», artículo aparecido por vez primera en *Die Hilfe*, año 44, núm. 16 (20 de agosto de 1938), págs. 374-376, replicado en *Zeit im Querschnitt*, año 6, núm. 18 (15 de septiembre de 1938), págs. 282-283. El texto se toma de esta segunda publicación.

² Para ser fieles a la verdad, habría que recordar que esta identificación de Dostoievski con la Revolución bolchevique se debió en no pequeña medida a la labor divulgativa de los intelectuales rusos huidos a Europa como, por ejemplo, N. Berdiáiev o D. Merezhkovski. Un caso poco conocido, pero muy significativo de esta identificación lo representa el futuro ideólogo del nacionalsocialismo, el nacido en la ciudad estonia de Reval (hoy Tallin) y testigo directo de los primeros días de la Revolución, Alfred Rosenberg. Véase Jordi

Los occidentales sentían pavor ante los personajes de Dostoievski. Mas contemplaban sus creaciones como los heraldos del «alma rusa». – De esta manera, en la representación de Occidente, esta alma se ha convertido, vista a partir de la psicología de Dostoievski, en el semillero de los demonios.

Éste es el mayor malentendido que se ha producido jamás a la hora de valorar una personalidad, un malentendido que, entre otras cosas, implica un completo desconocimiento del significado más profundo del bolchevismo.

La tendencia vital destructiva de los héroes de Dostoievski no es en absoluto un elemento impulsor específico del alma rusa. Es más bien la consecuencia de una profunda división de esta alma, mas sólo dentro de una totalmente determinada capa social, es decir, dentro de la Rusia culta. Esto se comprende cuando se identifican las premisas bajo las cuales surgió esta Rusia culta y cuando se conoce el estado de su desarrollo espiritual, en el momento en el que, a partir de su seno, dio origen al poeta Dostoievski.

La admiración por la *cultura de Europa* que fue iniciada deliberadamente por vez primera por Pedro el Grande y que fue fomentada filosófica y literariamente por Catarina II, esta admiración por Europa que debía degenerar en la imitación desenfrenada del gusto y del estilo de vida occidentales, era la atmósfera en la que se formó la Rusia culta del siglo XIX: Alejandro I se convirtió en el abanderado más destacado de este embriagador mundo ilusorio: ¡a partir de la Guerra Santa contra Napoleón creó la *Santa Alianza*!

El 14 de diciembre de 1825 podría haber sido el gran cambio en la vida del pueblo ruso, podría haber sido la hora del nacimiento de la nación rusa. Mas faltaba el verdadero redentor. Y los hombres que en este día iniciaron una lucha centenaria, este grupo de exaltados que perduran en la historia bajo el nombre de los «decembristas», tuvieron que dejar que su entusiasmo se esfumara sin sentido. Pues estos hombres eran representantes de esa Rusia culta quienes, a pesar de todo anhelo, a pesar de toda voluntad, a pesar de la lucha y el autosacrificio jamás pudieron reencontrar el camino hacia el pueblo, jamás pudieron liberar a Rusia del espíritu de Europa, porque ellos mismos habían sucumbido por completo ante él.

Morillas: «“Dieser größte aller Russen”. Zu Alfred Rosenbergs Dostojewskij-Lektüre», *Jahrbuch der Deutschen Dostojewskij-Gesellschaft* («Dostojewskij und die deutsche Literatur- und Geistesgeschichte im 20. Jahrhundert»), 28 (2021), págs. 27-49.

Aunque ya no admiraban a Occidente en la forma de la Santa Alianza de Alejandro, se hallaban cautivados aún más profundamente por las ideas que desde 1789 determinaban el cambio decisivo de Europa. Querían redimir al pueblo de la maldición del espíritu foráneo – ¡con un espíritu que era deudor de las ideologías de esta misma Europa!

Éste es el mundo de los héroes de Dostoievski, el mundo, del cual él mismo provenía.

En sus novelas encontramos muy poco sobre el paisaje ruso. Apenas si encontramos un simple campesino. Experimentamos mucho dolor y todavía más espasmos, mas nada del gran sufrimiento que transita sin obstáculos por la infinita extensión, que habla a partir de cada abedul doblado por el viento, de cada ademán de las personas con rostro afligido. Este sufrimiento anónimo de la tierra rusa permanece oculto para nosotros³.

«El alma rusa» de Dostoievski o, más bien, lo que los occidentales entienden por ello a partir de la lectura de sus novelas, es expresión de esa tragedia que se puede designar como la tragedia de la Rusia culta: la lucha desesperanzadora del hombre ruso culto contra la sobre extranjerización espiritual de su vida que se le había impuesto a la fuerza y que había creado una cultura pseudo-rusa. Es la tragedia del co-creador y del simpatizante de esta pseudocultura que toma consciencia de la falsedad y del sinsentido de su actuar y de su crear, tan pronto como el destino le enfrenta cara a cara con la espiritualidad del pueblo.

Las victorias y las derrotas de los héroes de Dostoievski, su amor y su odio, lo retorcido, lo espasmódico y lo fantástico exagerado conmueven tanto al occidental porque en ellos presagia una peligrosa posibilidad de su propia espiritualidad. Los héroes de Dostoievski son *precursores del bolchevismo*. Al introducirlos en la literatura, el escritor se convirtió en el heraldo de la Revolución de Octubre. El occidental no teme el bolchevismo como una expresión del alma popular rusa, como algo inquietantemente

³ Esta afirmación que hoy en día podría parecer al lector familiarizado con la obra de Dostoievski un poco exagerada no lo era en absoluto en 1938. En efecto, en aquella época lo que se conocía principalmente del autor ruso eran sus grandes novelas y, en éstas, sus protagonistas o son funcionarios públicos, o estudiantes o aristócratas: jamás un campesino. La única excepción la representa la narración «El campesino Maréi», un texto que entonces como hoy es bastante poco conocido, aun cuando en él se expone de manera magistral la concepción del cristianismo ortodoxo y de la misión del campesinado de Rusia en la salvación espiritual no sólo de la patria, sino también de Occidente. [Nota del traductor].

extraño y desconocido, sino como una posible aberración de su propia cultura. El bolchevismo no es ninguna forma de vida o de estado – es el *estado de un alma* que se encuentra en proceso de descomposición final. Hay sólo un bolchevismo – precisamente este bolchevismo del alma que sigue avanzando de forma amenazante en la actualidad en muchos lugares en Occidente.

Dostoievski ya sintió en su época que Europa era un cementerio, aunque admitía que allí había enterrados «muertos caros» – las ilusiones a las que se habían entregado en el transcurso de dos siglos la Rusia culta para erigir esa pseudocultura que más tarde debía convertirse en una carga insoportable. – Dostoievski desmembró no sólo la vida de sus héroes con la esperanza de liberarlos de la atmósfera mortal en la que ellos mismos habían sucumbido por completo, sino también desmembró hasta el más insignificante de sus emociones espirituales. Fue un precursor de *Sigmund Freud*, el primer psicoanalista acientífico, el pionero de esta dudosa ciencia que se atrevió a atentar, como producto de una época descarriada, contra los misterios más profundos del alma y del ser. Dostoievski creía poder curar a través de sus análisis la **enfermedad** espiritual de una capa del pueblo que se había formado a partir de una educación errónea – ¡como consecuencia de la imprevisible occidentalización de Rusia desde Pedro el Grande! Éste es el otro componente en la obra de Dostoievski que resulta inquietante y desagradable al sano occidental: lo enfermizo se ha convertido en contenido profundo; ¡toda la vida aparece como una única gran neurosis! – Pero de esta manera Dostoievski se convirtió dentro de la literatura occidental en un pionero de la novela psicológica moderna.

El *campesino ruso*, el ruso inculto no tiene nada que ver con Dostoievski; no lo entiende, no lo lee; siente una aversión completamente instintiva contra este mundo que no es su mundo; este mundo de la fantasía enfermiza, del sadismo y el masoquismo intelectuales y de un exhibicionismo espiritual; no lo entiende porque no había participado ni en la admiración por Europa, ni se sentía preso por el desencanto que se había convertido en la «última verdad» de la Rusia culta del siglo XIX. Karamázov y Stavroguin no nacieron en granjas rusas; son los hermanos espirituales de Lenin y Stalin, ¡quienes como representantes de la Rusia culta han exterminado a su vanguardia –la sociedad y la inteligencia– a pesar de pertenecer ellos mismos a ellas!

Dostoievski sobrevaloró el significado de esta Rusia creyendo él mismo en el milagro redentor de Occidente. No obstante, al final reconoció que la Rusia culta tendría

que ser destruida mediante la negación definitiva, que tendría que, por así decirlo, llevarse a sí misma *ad absurdum*, antes de que pudiera alzarse la era de la verdadera alma rusa. – Por ello, Dostoievski fue no sólo el heraldo del bolchevismo, sino al mismo tiempo también el visionario de un nuevo milenio que llegará algún día para erigir la verdad sobre las ruinas de la destrucción final: la cultura autóctona del alma rusa bajo el signo de un genuino cristianismo⁴.

Traducción y anotación de Jordi Morillas.

⁴ Como colofón a estas claves de lectura, el traductor de estas líneas no se resiste a reproducir lo que un buen conocedor de la cultura rusa y profundo admirador de Dostoievski escribió en 1921: «Para comprender realmente la dirección espiritual del pueblo ruso hay que esforzarse y estudiar una gran literatura. Hay que leer las cartas de viaje de Karamzín, *Almas muertas* de Gógol y sus breves narraciones, la poesía de Pushkin, las novelas de Turguénev, las obras de teatro de Chéjov, los tratados de Tolstói, mas sobre todo a Dostoievski: *Pobres gentes*, *El idiota*, *Raskólnikov* [Crimen y castigo], *Diario de un escritor*, *Los hermanos Karamázov* y *Demonios*. Además, hay que sumergirse en las canciones populares rusas y en la pintura sacra: sólo entonces se obtendrá una percepción real de la esencia rusa». Alfred Rosenberg: *Das Verbrechen der Freimauerei*, recogido en Alfred Rosenberg: *Schriften und Reden. Schriften aus den Jahren 1917-1921*. Mit einer Einleitung von Alfred Baeumler, Hoheneichen-Verlag, Múnich, 1944, vol. 1, pág. 585.